

time pericialmente; porque es enteramente injusto el cobro de la contribucion sobre el valor total que la ley no garantiza.

Las contribuciones no deben exagerarse hasta el punto de sofocar la produccion, y con este fin debe con eficacia procurarse fijar la base única a que la contribucion puede extenderse; por ejemplo, nunca podrá ser mayor el gravamen que se imponga colectivamente por la Federacion, Estados y municipio, sea cual fuere su distribucion, que el 7 por ciento de la utilidad que se computará a razon de 3 por ciento sobre el movimiento general, y de 6 por ciento sobre el valor de los predios apreciados como hemos dicho. En esta base, el Estado podrá fijar su cuota máxima hasta 4 por ciento, la Federacion al 2 y el municipio al uno, dejando libres á los ciudadanos de todo otro gravamen.

Bajo bases equitativas en las contribuciones, no es dudoso el impulso de los productos, y consiguientemente el aumento de las rentas públicas.

Usted que es suficientemente competente en las materias de que he hecho mérito, juzgará si en mis reflexiones encuentra algo digno de atencion, y que verdaderamente puede ser de pública utilidad; en el concepto que solo con este fin se las manifiesto, contando con su indulgencia, y sin abrigar ninguna clase de pretensiones.

Sin otra cosa, lo saludó su afectísimo amigo, que espera sus órdenes y atento B. S. M.—R. Mendivil.

AGUINALDO DE TERRAZAS

Signe hablando el autor de "La Mujer Cristiana" y siguen las Musas sufriendo sinsabores.

Ya estoy aquí, D. Joaquinito, y vengo á presenciar cómo se ha portado vd. desde que no nos vemos.

¡Pero hombre ¿qué es eso? ¡Vd. va á concluir por suicidarse!

¡Qué felpa, Dios santo, qué felpa se está vd. aplicando!

Ya paso porque se la pegue vd. al idioma, que al fin no es de carne y hueso; pero á sí mismo. . . . ¡hombre! acuérdesse vd. que el suicidio es de la moderna corrupcion, y por ende execrable de cualquier modo que se le mire.

Procure vd. por lo tanto, no tratarse tan mal, y deje que el público le haga pedazos: que á juzgar por algunas habillitas que han llegado á mis oídos, no es muy benévolo con vd., que digamos. Dé vd., pues, paz á la mano y entremos en conversacion.

¿Por qué zarandea vd. tan despiadadamente á Garcilaso, Lista, Quintana, Herrera, y á tantos nombres eminentes, se registran en el catálogo poético español? Si al fin vd. ni los ha comprendido, ni está llamado á seguir sus huellas, ¿qué inconveniente tiene en dejarlos dormir en paz en sus sepulcros? Por el deseo de traer en su apoyo algunos de estos nombres gloriosos, es vd. capaz de decir que escribieron: *tomar la revancha, la pitibé*, á otras cosas cuya invencion pertenece á la más pura escuela terracina.

A mí siempre me ha caído muy en gracia que vd. se ponga á defender las *calamidades* que con el nombre de versos, echa de vez en cuando al mundo—manía que en más de una ocasion me ha hecho pensar bastante mal del estado de sus facultades mentales—pero lo que hace subir de punto mi contento es esa impassibilidad con que compara vd. los horribles destrozos que hacen en el campo poético, con los bellísimos monumentos que en el han levantado los principes de la literatura española.

El genio es sublime, muchas veces, hasta en sus propios extravíos; pero porque el murciélago tenga alas como el águila, ¿pueden los dos remontarse á las nubes de la misma manera?

Vd. nació para murciélago, vate infeliz, y por más esfuerzos que haga, tendrá que quedarse al fin en el agujero, de donde solo pudo haber salido merced á sus negras desdichas.

Librome Dios de censurar las imágenes bien y proliamente empleadas. Si algún arte debe, para llenar su elevadísimo objeto, valerse de signos, es sin duda el arte poético, como que, por su propio carácter sintético necesita hacer muy sensible la idea si así puedo expresarme. Pero precisamente el uso de las imágenes demanda la más cabal correspondencia entre el signo y el significado; por eso los mejores autores de estética—no el indigesto Hermosilla, digno de ser citado como autoridad por vd.—condenan severamente el amaneramiento, la afectacion, el rebufo, ese esfuerzo, en fin, empleando por Terrazas para hacer un verso malísimo, imitando á un gran poeta.

Más no empezaba á tomarle á vd. en serio? Perdónese vd. hombre, perdónese vd.; no merecen tal cosa ni sus escritos en prosa, ni sus licencias con el coro castallco.

Quedamos en que vd. sigue castigándose por haber hecho una composicion digna de figurar al lado de otras muchas cuyo parto le ha de haber dejado bastante descansado, y voy á demostrarle sus propios daños, para que no siga zurrándose la badana.

¿Con que un verso entero no puede ser ripio?

Pues mire vd., yo creo que todas las poesías de vd., desde la primera á la última letra, son un ripio mayúsculo.

Cuando el Diccionario dice que es ripio la palabra ó palabras que se ponen para llenar el verso y están como de más en la sentencia, pudiéndose extender á todo género de escrituras que adolecen de este defecto, es presumible que se refiera á composiciones que, como las de vd., no hay por donde tomarles la embocadura.

Vd. mismo, D. Joaquinito, dice que no hay suposicion política que autorice un imposible, y á renglon seguido defiende el empleo de un pensamiento que es, físicamente, imposible. ¿Cómo se llama esto? Y hay que advertir que la defensa es de mala ley, puesto que no se trata de la expresion del pensamiento por medio de un tropo cualquiera, sino de usar en sentido real una hipérbole escandalosamente plagiada á un verdadero poeta.

No se me quiera vd. escapar, pues, por la tangente, señor matemático. En primer lugar, que aunque vd. se tome la licencia de hacer sinónimos los verbos *traspasar* y *penetrar*, no lo son; y en segundo, que lo que pudo ser físicamente una verdad aproximada para un poeta de la antigüedad, bien puede no serlo para un poeta del día, dado el avance de las ciencias. ¿Me va vd. entendiendo?

Se empeña vd. en que se le deben permitir las mismas licencias que se tomaron los grandes principes de la poesia; pero ¿de dónde sacó vd. que es príncipe ó cosa que lo valga, cuando por su propia confesion sabemos que necesita hacerse violencia para ser un hombre social?

No, vate, no: vd. no es más que un pirata de las letras, un asesino de los clásicos, un perseguidor lividino de las musas, que libra á la violencia los resultados que le es imposible obtener por el halago. ¿Vamos á verlo?

Para contrariar mis burletas—que las obra de vd. no se merecen otra cosa—estampa con admirable serenidad esté par de versos:

*Octavo cardenal y zurriagazo
Dado al pobre Clarin, así, de paso.*

Valientes consonantes, hombre de Dios: zurriagazo y paso. ¿Cuánto apostamos á que el día ménos pensado hace vd. consonantes *Jorullo* y *Cotopaxi*, tan solo porque se trata de dos volcanes, ó *Caravantes* y *Terrazas*, porque se trata de dos pésimos poetas?

No conozco del señor Arango y Escandon más que unas cuantas composiciones, que si no revelan al poeta de estro levantado, en cambio denuncian al hombre culto, al literato de puro y limadísimo estilo, conocedor á maravilla de las bellezas y de los recursos del idioma. ¿Qué dirá, dadas esas cualidades, al verso citado por vd. en las siguientes palabras, que son una verdadera ofensa á los fueros de la gramática y á la majestad de la lengua castellana?

Don Alejandro Arango y Escandon vale, en materia de gusto, más que La Libertad, cocida consigo misma por cien veces, hasta formar un papelote digno del gigante Goliath.

¡Qué chistoso, hombre, qué chistoso es vd. Como del *cocido* no se sacan papelotes, aunque bien pudieran sacarse atunes, supongo que quiso vd. hablar del *cosido*, no obstante que quien hace consonantes *zurriagazo* y *paso*, poco derecho tiene á que se lo disculpen este género de equivocaciones. Admitamos, pues, lo de *La Libertad cocida por cien veces consigo misma*, y adelante.

¿Qué ha pretendido vd. decir en esas palabras, Don Joaquinito? *La Libertad* cocida por cien veces, sería la misma *Libertad* con más cien costuras, así como los versos de vd., después de la defensa, quedan los mismos versos, con más una granizada de disparates por aditamento.

¡*La Libertad* cocida por cien veces. . . ! Mire vd., este periódico tiene partes, tiene letras, tiene columnas, tiene otra porcion de cosas, pero lo que no tiene es veces, al ménos que yo sepa. A no ser que aluda á las veces que sale al mes, y haya vd. querido coser esas veces.

Yo he visto, Sr. D. Joaquin, tomar la ocasion por los *cabezones*; *agarrar la fortuna por un caballo*; *pescar al vuelo una frase*; pero hasta encontrarme con vd., jamas pude soñar en *en ver cosidas unas cuantas veces*, para gusto y enriquecimiento de la lengua patria. ¡Qué razon tuvo, por consiguiente, el que dijo: *vivir para ver*! Si el muy ilustre presidente de la *Academia Correspondiente* no echase á mala parte mis deseos,

me permitiria proponerle la aceptacion de una nueva locucion castellana concebida en estos ó parecidos términos:

“Coser un papel por cien veces. Modismo terrazano, capaz de hacer reventar de risa á una piedra.”

En todo este asunto, mi Sr. D. Joaquin, anda algo que, por deshilbanado, necesitaria de una costura firme y duradera; pero no quiero buscarlo detenidamente por temor de encontrarle al fin con el entendimiento de vd. ¿No es verdad que aprueba vd. mi conducta?

Voy viendo, vate impenitente, que no le parecen malas del todo algunas ideas en contradas en mis escritos.

¡Si viera vd. cuánto me alegro! Pero no afirme, por Dios con tanto aplomo, que *ciertas aves no miran de día*.

Yo presumo que mirar se miran, pero esto no se opone á que les suceda lo que á vd.: *que cuanto más mira ménos ve*.

Si á esa ceguera se deben los *zurriagazos* que vd. se está aplicando tan despiadadamente, me permito pedirle que abra los ojos y que tenga caridad consigo mismo, á fin de que no encuentre motivo de llamarle la atencion su afectísimo

CLARIN.

EL PARTIDO LITERARIO.

El ilustrado boletinista del *Monitor*, que con tanto valor y constancia ha defendido la causa de la *democracia radical sin condiciones y con todas sus consecuencias*, como remedio supremo de los males que nos aquejan, prosigue su árdua tarea renovando los viejos procedimientos literarios del partido en cuyas filas ha luchado en virtud de los que se demuestra con exactitud matemática, que los pueblos son una cosa que se fabrica por medio de las constituciones.

En otros términos, el Sr. Vigil prueba en sus boletines, que en una constitucion que ha fabricado una democracia sin pueblo, una federacion sin entidades desunidas y que fuera necesario unir un capítulo de derechos del hombre sacado con un par de tijerazos de la Constitucion americana y de las Constituciones francesas de 89 y de 33, es lo que verdaderamente responde á nuestras necesidades, mejor dicho, no responde enteramente á nuestras necesidades, porque requiere algunas reformas en el sentido *democrático radical sin condiciones y con todas sus consecuencias*. Muy bien. Nosotros definitivamente divorciados del antiguo mundo político en que se elaboraban naciones por medio de leyes sacadas del *contrato social*, y henchido el corazón de incurable excepcionismo respecto de la democracia radical sin condiciones y con todas sus consecuencias, vimos con un sentimiento de respetuosa tristeza la repeticion indefinida de los aires monótonos que arrullaron nuestra primera juventud y solamente vamos á refrescar un poco la memoria del campeón de la democracia incondicional.

El Sr. Vigil se ha hecho el ánimo de olvidar algunos conceptos de la *Libertad* y no nos extraña cuando vemos lo bien que este olvido cuadra con los procedimientos polémicos de las doctrinas esencialmente literarias que defiende. Así por ejemplo, cuando alude á nuestras ideas de reforma, en el sentido de la conservacion social, nunca deja de añadir con toda formalidad las siguientes exclamaciones, preñadas de maliciosa ironía:

“La Constitucion tiene la culpa! Esas garantías amplísimas y sin condiciones concedidas á un pueblo imbecil que no sabe hacer uso de ellas; esas trabas ridiculas que atan las manos del Ejecutivo; esa malhadada division de poderes; esa descentralizacion funesta que ha fraccionado al país en pequeñas soberanías adonde no puede llegar la accion compacta y uniforme de un poder central robusto y bien acondicionado; hé aquí el origen de todos nuestros males! Derribese todo ese edificio de sueños y patrañas, y verémos brotar infinitos bienes; la decoracion cambiara como por encanto, y todo marchará á las mil maravillas. . .”

En dónde habrá pescado nuestro amigo el Sr. Vigil, ese molino de viento. El olvido consiste en esto: la *Libertad*, lejos de creer que de la realizacion de su programa *brotarán infinitos bienes*, se ha atenido modestamente á asegurar: que siendo imposible la resolucion de nuestras cuestiones sociales sin el establecimiento de nuestro crédito, y el crédito imposible sin la paz y la seguridad, es necesario crear en el seno de la Constitucion un gobierno apto para sofocar las revueltas y para asegurar la tranquilidad, no es, pues, el remedio de nuestros males, es la condicion *sine qua nos* para buscar el remedio, lo que nosotros proponemos. Y no creemos en eso de los bienes infinitos, no: creemos solamente en la eficacia probable de nuestro programa, para iniciar

una prosperidad modesta y sólida, que es lo único á que tenemos derecho de aspirar. Lo de maravillas y cambios de decoracion por encanto, &c., pertenece al bagaje literario de la escuela del Sr. Vigil.

Ahora bien, confrontemos nuestros programas: nosotros indicamos este camino: creacion de un gobierno fuerte que unifiqué al país, que ahogue las revueltas y que dé garantías á los habitantes de la República.—Hé aquí el del boletinista del *Monitor*: llegar á la democracia radical, sin condiciones y con todas sus consecuencias, por medio de sanos consejos en virtud de los que los liberales deben convertirse en hombres virtuosos, pacíficos, honrados, inteligentes y capaces de cualquier sacrificio: eso sí, muy intolerantes con el partido reaccionario, reueltos á depurarse de todo elemento extraño, con el objeto, sin duda, de ser un partido hasta la consumacion de los siglos y de renunciar para siempre á ser una nacion.

Los consejos son excelentes, el programa impregnado de un terno y humanitario sentimentalismo, con excepciones, pero, nos permitirá el Sr. Vigil, que nos quedemos en nuestras trece? Parece que del lado del programa del *Monitor* está el pueblo vilmente calumniado y torpemente desconocido (estos tambien son puntos de oro de la literatura consabida). Lo celebramos. Celebramos asimismo que la noble actitud, es decir, la tranquilidad relativa del pueblo en estos momentos, demuestre al Sr. Vigil, la fe profunda que tiene el país en la bondad de las revoluciones, de que el mismo estimable escritor, es convencido partidario. Venturosos escritores para cuyas narices hizo Boltaire los anteojos del preceptor de Cándido.

En el fondo de las cosas el verdadero secreto del programa del *Monitor*, su *deus ex machina*, debe ser una revolucion. Es su teoría, respetablemente antigua, que el cáncer solo se extirpa con el hierro y el fuego; y el mismo Sr. Vigil en un sensato boletin, nos probaba hace algunos dias que en México no habia nigobierno, ni pueblo, ni ley, ni nada. Pues si esto no es un cáncer, que baje Dios y lo diga. ¿Cáncer tenemos? Pues hierro y fuego. Venga una revolucion. Ella vendrá; jamas ha sido sorda á los llamamientos de los partidos literarios; es el único árbol que producen en abundancia las tierras estériles y los países que agonizan de miseria, de literatura y de mentira, duermen á su sombra; la sombra del Upas que da la muerte.

Con motivo de su amor á las revoluciones, el Sr. Vigil lanza toda suerte de graciosos epigramas á la teoría evolucionista. ¿Qué se le figurará al ilustrado escritor, que es la evolucion? Si no nos equivocamos, supone que es una cosa inventada; que es un sistema sacado del alambique de algun visionario, enemigo de las inmortales verdades fraguadas por J. J. Rousseau, cuando hizo el evangelio de la democracia sin condiciones y con todas sus consecuencias. Pues no: la evolucion no es un invento, es algo que está en el fondo de todo, es la ley del desarrollo de las cosas, los radicales pueden seguirle dirigiendo todas las burletas que gustan; esto proviene de falta de informes; lo cual no impedirá que hayan creído y que hoy caduquen en fuerza de la ley de la evolucion.

Otra cosa que se le ha figurado al Sr. Vigil, es que nosotros negamos las revoluciones. No hay que creerlo, amigo nuestro, no hay que creerlo. ¡Que si ha habido revoluciones! preguntan á los mexicanos. Y bien que sí. Solo que hay personas á quienes les gustan y personas á quienes no; el Sr. Vigil se muere por ellas; nosotros las aborrecemos. Preferimos un progreso normal y lento, á precipitar las cosas por la violencia. Y si no, que se sumen todas las revoluciones mexicanas, los muertos, los huérfanos, los arruinados, &c., y que se vea el total, es decir, el estado actual del país. ¡Hay para bendecirlas!

El Sr. Vigil las bendice porque tiene una teoría sobre el cáncer. Esa teoría es eminentemente superficial. Cuando el cáncer está en la piel será cierto lo del hierro y el fuego; pero cuando está en las entrañas y ese es nuestro caso, quererle arrancar con el hierro y el fuego, sería lo mismo que curarse la jaqueca, guillotinando.

INCÓGNITO.

Ideas de Napoleon sobre la India.

I

Hubo en otro tiempo dos ciudades que tenian entre ellas toda la extension de un mar, y que, sin embargo, no creyeron que hubiese bajo el sol bastante espacio para entrarlas. Por tres veces se empeñaron, como Hércules y Anteo, en una lucha terrible, encarnizada, mortal, y el combate no cesó hasta que una de ellas hubo espirado

á los pies de la otra. Aquellas ciudades eran Roma y Cartago: Roma presentaba el pensamiento, Cartago el hecho.

El mismo fenómeno se observa entre Francia é Inglaterra: como Caton, Napoleon no tenía más que una idea: destruir á Cartago. ¡*Delenda Carthago!*

Esta idea fué la que le hizo hacer la campaña de Egipto, la paz del Tilsitt y la guerra de Rusia. Una vez creyó haber logrado su objeto, en el momento en que sobre la balasa del Niemen, estrechó la mano del emperador Alejandro.

Aquella misma noche los dos emperadores estaban de pie junto á una mesa, sobre la cual se hallaba extendido un mapa-mundi; el uno lo contemplaba con una mirada vaga, inquieta, distraida, tocándolo con una mano fría y enguantada; el otro lo devoraba con una mirada ávida, ambiciosa, profunda, tocándolo, con una mano agitada y calenturienta.

Aquellos dos hombres trataban nada ménos que de repartirse el mundo. Algo análogo habia ocurrido dos mil años ántes entre Octavio, Antonio y Lépido. Aquellos dos hombres eran el emperador Alejandro y el emperador Napoleon.

—¿Veis?—decia este último con voz desigual, dulce é imperiosa á la vez;—para vos el Norte, para mí el Mediodía; para vos, Suecia, Dinamarca, Finlandia, Rusia, Turquía, Persia y la India interior hasta el Tíbet; para mí Francia, España, Italia, la confederacion del Rhin, Egipto, el Yemen y la India desde las costas hasta China. Nosotros serémos los polos vivos de la tierra. Alejandro y Napoleon equilibrarán el mundo.

—¿E Inglaterra?—preguntó vagamente Alejandro.

—Inglaterra desaparecerá como Cartago: cuando seamos dueños de la India, Inglaterra habrá terminado su papel, y á nosotros toca apoderarnos de aquella inmensa region del Asia.

Una sonrisa de duda cruzó por los labios del czar.

Napoleon notó la sonrisa de su compañero.

—Considerais la empresa muy difícil, imposible quizá,—le dijo,—porque vuestros ojos no se han fijado jamas en dicho problema, porque vuestra inteligencia no ha profundizado esa idea. En cuanto á mí, ese es mi sueño constante, y segun creo, desde que nuestras dos manos se han estrechado, Inglaterra ha muerto.

—Conozco todo el poder de vuestra palabra, y solo deseo ser convencido por ella.

—¡Oh!—exclamó Napoleon,—eso será en extremo fácil; mas para estar plenamente convencido es forzoso considerar á la India, no tal como aparece, sino tal cual es en realidad. ¿Queréis verla bajo este último aspecto? En ese caso es preciso que consagreis conmigo un cuarto de hora al estudio de esa gran cuestion de la que depende el porvenir del mundo; en un cuarto de hora os haré un resumen [del trabajo de quince años.

—Ese cuarto de hora constituirá un grande y glorioso recuerdo de mi vida,—dijo Alejandro con esa triple cortesía rusa, griega y francesa que le caracterizaba.

—Escuchad, pues; seré breve.—Vuestra majestad admite perfectamente que el poder de los ingleses en la India es un poder despótico ¿no es cierto?

—Semejante poder es más que el despotismo, contestó Alejandro,—es la conquista.

—Todo poder despótico está fundado sobre una de estas dos bases: el amor ó el miedo.

Alejandro se sonrió, y repuso:

—Algunas veces sobre entrambas.

—Pero la mayor parte de las veces sobre la última. Así, pues, preguntad, señor, al pobre *vaiá* acurrucado junto á la puerta de la miserable choza donde su familia se muere de hambre; preguntad al labrador que envía la existencia de una bestia de carga; preguntad al tejedor sin trabajo que ve vender ante sus ojos los géneros ingleses; preguntad al musulman, que ve despreciados sus recuerdos y tradiciones por los hijos de la Gran Bretaña, que llegan á entrar con sus botas y hasta á caballo en sus espléndidas mezquitas; preguntad, finalmente, á toda la raza india si tiene ley al yugo que la humilla, y labradores, musulmanes, indios, *vaiás* y tejedores os contestarán: “Muerto á los hombres rojos, venidos por mar desde un país desconocido y desde una isla ignorada.”

—¿Amaban acaso más á sus principes tataros?—preguntó el czar.

—¡Sí! ¡Mil veces sí! Porque los principes